EL ZAPATERO Y EL REY,

(SEGUNDA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

DON JOSÉ ZORILLA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

4766.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.	JUAN PASCUAL.
EL INFANTE DON ENRIQUE.	INES.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.	JUANA.

Enmascarados, cazadores y monteros.

Quinta de un solo piso de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento y á la derecha una alcoba cerrada con cortinas: en el fondo una puerta que da al esterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso á la falda de un montecillo: terreno montañoso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JUAN PASCUAL. INES.

Ines. ¿Vais á salir, padre?
Pascual. Sí.
Ines. ¿Y amenazando tormenta?
Pascual. Tomada la tengo en cuenta,
mas no voy lejos de aqui.
Tardará mucho á mi ver
todavia en estallar,
y aun ha de darme lugar
para salir y volver.
Ines. Si teneis tal precision
no me opongo á que salgais,
mas con mi gusto no vais.
Pascual. No alcanzo por qué razon.
Un hombre al campo avezado
y en sus fatigas curtido
no ha de verse detenido
por un pequeño nublado.
Ines. No es mi recelo mayor
ese nublado.

784528

Pascual. ¿Qué es pues?
Ines. Hace dos noches ó tres
que corre cierto rumor....
Pascual. ¡Por mi vida! ¿Y tú tambien
das crédito á esas consejas
de muchachos y de viejas?
Ines. Yo, padre....
Pascual. Basta; manten,
Ines, la puerta cerrada:
llama al punto á tu doncella,
y en tu aposento con ella
dormid, y no temais nada.
¿Lo oyes?
Ines. Sí señor.
Pascual. Pues ve,
y advierte que esto resuelvo,
Ines, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.
Ines. Sereis, padre, obedecido.
Pascual. Asi es fuerza que lo hagais;
y aunque en el bosque sintais
ó dentro de casa ruido,
ni os levanteis á escuchar,
ni á mirar os asomeis,
porque es facil que llegueis
á ensordecer y á cegar. (*Vase.*)

ESCENA II.

INES. *Luego* JUANA.

Ines. ¿Conmigo tanto desvio
mi padre, y tanto misterio?
¿Tan franco antes y hoy tan sério?
No sé qué piense, Dios mio.
Mas obedézcole y callo.
Juana.
Juana. Señora.
Ines. Al momento
vámonos á mi aposento.
Juana. ¿Tan pronto?
Ines. En verdad que no hallo
de esto en padre la razon;

mas él, Juana, asi lo quiso,
y obedecer es preciso.

Juana. ¡Si aun las ánimas no son!
Y á mas de eso ¿olvidais que hoy
es lunes y el capitan
enamorado y galan
vendrá?...

Ines. Temiéndolo estoy,
que está mi padre en el bosque
y si con él se tropieza....

Juana. ¡Vaya! Con tanta tibieza
le vais á hacer que se amosque.
Él viene desde Sevilla
á escape, por solo hablaros,
y vos haceis mil reparos
para abrir una trampilla,
por la cual como una monja
juráisle amor y constancia....
que él convertirá en sustancia:
mas á hablaros sin lisonja,
no es empresa muy galana
correr posta entre dos luces
para pegarse de buces
hora y media á una ventana.

Ines. No sé que mas pueda hacer
si de mi padre á disgusto....

Juana. Y ¿qué tiene ese hombre adusto
con nuestras cosas que ver?
Cualquiera doncella honrada
es hija del padre Adan,
y no es cosa un capitan
para ser desperdiciada.
Cualquier noble castellano
que á una muger se dirija
puede darla una sortija,
puede besarla una mano.
De dia encontrarla puede,
si con tiento se le avisa,
en baile, en paseo, en misa,
sin que por liviana quede.
Y á un hombre de quien se admiten
palabras de amor sinceras,

libertades tan ligeras
sin desdoro se permiten.
Vos nada le concedeis
á ese pobre capitan
que viene muerto de afan,
tan solo porque le deis
á traves de esa ventana
una esperanza perdida,
que alarga á su amor la vida
hasta que vuelve mañana.

Ines. ¡Ay Juana! Bien sabe Dios
que amo á ese hombre cuanto puedo,
mas tengo á mi padre miedo.

Juana. ¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, ¿qué puede decir?
Es un bravo militar
que por vos puede mirar
y defendiéndoos morir.
Vuestro padre....

Ines. Calla, calla....
Con mi padre ha puesto el cielo
entre mí y el mundo un velo,
y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces ¡ay de mí!
me ha dicho:—"Ines, si la suerte
se inclina á favorecerte
gran precio tienes en tí;
mas si, como ahora sospecho
mantiene igual la balanza,
Ines, tu sola esperanza
viene á ser un claustro estrecho."—

Juana. ¿Un claustro? ¡Vaya! Chocheces
de gente fria de seso.
Mi padre me ha dicho á mí eso
lo menos sesenta veces.
Mas oid. (*Tocan las campanas á las ánimas.*)

Ines. ¿Tocan?

Juana. Sin duda.
Las ánimas dando estan.

Ines. ¡Dios quiera que el capitan
hoy á la cita no acuda!

(*Baja el capitan por las peñas y se acerca á la ventana.*)

Juana. Estar segura podeis
de que no tardará mucho. (*Llama.*)
Ines. Pero, Dios mio, ¿qué escucho?
Su seña es esa.
Juana. ¿Lo veis?
Ines. ¡No abras, por Dios!
Juana. ¿Y ha de estar
de la ventana por fuera?
Ines. ¿Y si mi padre viniera?
Juana. Mas pronto le ha de encontrar
si le dais ese planton.
Ines. ¡Ah! Dile, pues, que se ausente.
Juana. El consejo es escelente.
Preguntará la razon,
y el tiempo que ha de pasar
en respuestas y preguntas
sabiéndole atar las puntas
puede mucho aprovechar.
Salid á escucharle vos,
y yo desde otra ventana
acecharé.
Ines. ¡Tente, Juana!
Juana. Reacia estais, vive Dios.
¿Capitan? (*Se asoma y habla al capitan.*)
Capitan. ¿Juana?
Juana. Yo soy.
Andad en pláticas breve,
que volver el padre debe
que salió.—A velaros voy.
(*A Ines.*) Ahora vos; y por mi vida
no os andeis en miramientos,
y aprovechad los momentos,
que yo estaré prevenida.

ESCENA III.

INES, *dentro de la ventana.* EL CAPITAN, *fuera.*

Ines. ¿Capitan?
Capitan. ¿Ines?
Ines. ¿Sois vos?
Capitan. Sí, yo soy, luz de mis ojos.

Ines. Veros aqui me da enojos.
Capitan. ¿Tanto me odiais?
Ines. No por Dios.
Capitan, yo os quiero bien;
mas de lo que debo acaso,
mas me temo algun fracaso
si por desventura os ven.
Capitan. Espada traigo conmigo,
y en mi amor pongo tal fé,
que si que estais cerca sé
en cualquier trance me obligo....
Ines. Callad, por Dios, capitan,
si mi padre llega á veros....
Capitan. Fiad que no he de ofenderos
en las canas de don Juan.
Si llega á verme, mi nombre
sin empacho le diré,
que os amo con mucha fé.
Ines. Quien quier que seais sois hombre,
y ha de ofenderse al miraros.
Capitan. Pues ¿qué puede hallar en mí
para que se ofenda asi?
Ines. ¡Plegue á Dios no llegue á hallaros!
Y no mas me pregunteis,
que aunque os quiero con ternura,
quereros en mí es locura.
Capitan. Señora, me estremeceis.
¿Tal vez prometida á otro
estais por él?
Ines. No en verdad;
mas no tengo voluntad
que ofreceros.
Capitan. En un potro
vuestras palabras me ponen.
¿Casada estais?
Ines. No.
Capitan. ¿De haciendas,
ó de familia contiendas
á vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
con el rey tanto favor,
que lo que os plazca mejor

puedo hacer, si le prevengo.

Ines. No, capitan, que es tan rara
la fortuna que me espera,
que en ella nunca quisiera
que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
se aclaran un solo instante
me vedan mirar alante,
me ciegan si miro atras.
Mi padre no siempre ha sido
lo que ser hoy aparenta,
y yo con él por mi cuenta
graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
y ya aldeana grosera,
viví de poblados fuera
siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
le he demandado razon,
y aun tiembla mi corazon
al recordar el imperio
con que—"en la vida, me dijo,
por tu porvenir demandes,
que tus destinos son grandes,
mas varios segun colijo.
Espera, y ruégale á Dios
que lleven igual camino
tu destino y mi destino,
á quien otro lleva en pos."
Sí, capitan; otro dia
que puesta en una ventana
via la gente aldeana
que en bailar se divertia,
con voz siniestra, y con ojo
torbo, y escudriñador,
díjome:—"huye del amor
que es de zarzas un manojo.
Y el que mas bello imaginas
en tu amante sencillez,
solo ha de serte tal vez
una coyunda de espinas."
Un hombre en una ocasion

que con mi padre trataba,
notó este que me miraba
con demasiada atencion,
y aunque empeñado en su suerte
corria en su misma causa,
le dijo, haciendo una pausa:—
"amarla es ir á la muerte."
De entonces todo su anhelo
fue á todo el mundo ocultarme,
y á nadie puedo mostrarme
sino debajo de un velo.
Esto baste, capitan,
y sírvaos esto de aviso,
para que no andeis remiso
en cosas que á mí me van.

Capitan. Absorto estoy de escucharos;
mas yo satisfecho quedo
si vos me decís que puedo
correspondido adoraros.

Ines. Harta os he dado ocasion
para que bien lo sepais;
mas ¡por Dios que lo tengais
guardado en el corazon!
No os pareis en mis desdenes
que son hijos del temor;
yo os amo, mas de mi amor
no os deis grandes parabienes.

Capitan. Nada me toca saber
de lo que guardais secreto:
amaros solo es mi objeto
y eso no mas puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
ni las desdichas me apuran,
no; mi amor os aseguran,
y mi constancia acrecientan.

Ines. Lo mismo hallareis en mí;...
mas cada instante que pasa
temo que se vuelva á casa
mi padre, y os hallé aqui.

Capitan. Pártome, pues.

Ines. Sí; idos presto.

Capitan. Ahí os queda mi albedrio.

Ines. Tambien ¡ay de mí! va el mio
del vuestro ocupando el puesto.
Capitan. A Dios, mi vida.
Ines. Id con Dios,
capitan, y él os dé suerte.
Capitan. Para amarte hasta la muerte.
Ines. Mas allá os querré yo á vos.
(*Al irse el capitan ve que se acercan por las montañas, bajando por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.*)
Capitan. Mas ¿qué veo, Dios divino?
¿Qué luces son las que avanzan
que por las peñas se alcanzan,
bajando por el camino?
Ines. ¡Huid, huid! ¡ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La Virgen, si sois cristiano,
os saque con bien de aquí.
Capitan. ¿Qué hablais, señora?
Ines. ¡Esos ruidos
que oia yo en las montañas
no eran del vulgo patrañas!
Capitan. ¡Cielos! ¡Son aparecidos!
Juana. Señora, pronto cerrad. (*Saliendo.*)
Transida vengo de miedo....
¡Cerrad, por Cristo!...
Ines. No puedo,
que el capitan....
Juana. (*Al capitan asomándose por la ventana.*)
Por piedad
salvaos, buen caballero.
Trepad, trepad á las peñas,
y buscaos por las breñas
á viva fuerza sendero.
Ines. No, no huyais; esas visiones
tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
capitan, con oraciones.
(*Se hinca.*)
Capitan. No puedo huir, ni salvarme:
todo mi valor flaquea.
Ines. Pues bien, sea lo que sea,

entrad tambien.

(*Le da la mano y el capitan salta por la ventana.*)

Juana. Ni un adarme
de serenidad me acude.

Ines. Cerrad pronto esa ventana.
Mata esa bujía, Juana.
Ahora que Dios nos ayude.

ESCENA IV.

DOÑA INES. EL CAPITAN *y* JUANA *en el cuarto.* JUAN PASCUAL, EL INFANTE DON ENRIQUE, *enmascarados, y seis caballeros lo mismo bajan por las peñas á la escena alumbrados de linternas que llevarán cuatro de los embozados.*

Pascual. Llegar podemos sin miedo:
del pueblo la gente tosca
supone el bosque poblado
de apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa,
y fuera ocupada toda
solo hay en ella mugeres
que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas
por si una vieja curiosa
á saludar á las brujas
por las rendijas se asoma,
y ve que en mi casa entramos.

D. Enrique. Y á mas guarecerse importa
de techado, porque empiezan
á ser espesas las gotas.

Uno. Terrible nublado avanza.

D. Enrique. Segun lo airado que sopla
el vendabal que le impele
su duracion será corta.

Pascual. Entrad si os place, señores,
y os cobijará esta choza.

Capitan. (*Dentro.*) Sudando estoy de pavor.
Estoy escuchando sordas
debajo de esa ventana
voces de varias personas.

Juana. Meten la llave en la puerta.
Ines. Mi padre es.
Juana. ¡A buena hora
le ocurre llegar!
Ines. Se acercan.
Capitan. Estad serena, señora.
Si es que son hombres, mi espada
os protege.
Juana. ¡Y si son sombras!
Ines. No, huyamos.
Capitan. Pero guiadme
sino quereis...
Ines. Una alcoba
tiene este aposento. En ella...
(*Buscando la alcoba.*)
(De miedo no la hallo ahora.)
Aqui está. Dadme la mano... (*Al capitan.*)
Entrad... Por aqui nosotras. (*A Juana.*)

ESCENA V.

EL CAPITAN, *en la alcoba.* DOÑA INES *y* JUANA, *en su aposento. Por la puerta del fondo* JUAN PASCUAL *y los enmascarados.*

Pascual. Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esa alcoba.
Si gustais...
D. Enrique. Basta que vos...
Pascual. Cierro esta puerta;—y esotra
(*La de doña Ines.*)
da á un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mia reposa,
que aunque vele es imposible
que nada comprenda ni oiga.
D. Enrique. Está bien.
Pascual. Pues empecemos.
D. Enrique. Guardar la máscara importa,
y no hay para que nombrarse
conociendo las personas.

Este anillo que el infante (*Le muestra.*)
me dió por su mano propia
atestigua mis poderes,
y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.

Pascual. Ea pues; los pergaminos
y las plumas estan prontas:
despachémoslo cuanto antes.
Yo creo que nadie ignora
de los que me estan oyendo
que tuve una hermana hermosa,
de quien el rey de Castilla
tomó á cuenta la deshonra.

D. Enrique. Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso concilio
de prelados, á quien Roma
castigó debidamente.
La dió nombre de su esposa,
y despues de profanarla
torpemente, abandonóla.

Pascual. Asi es la verdad: mi hermano
aunque al principio en su cólera
se apartó de su amistad
y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.
Yo no: jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro, y la venganza
he retardado hasta ahora
solo por falta de un dia
de ocasion segura y próspera.
Ahora bien: tengo en secreto
minada á Sevilla toda,
donde una conjuracion
fermenta á estallar muy próxima.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora
de las tierras y castillos
que por este escrito constan,

yo le daré, muerta ó viva,
de don Pedro la persona.

(*Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.*)

D. Enrique. Aunque pedís mucho, el príncipe
lo que pedís os otorga;
mas dadle una garantía.

Pascual. Con mi misma ofensa sobra;
y en cuanto á mi buena fé,
harto por demas la abona
el hallaros tan seguros
á una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro,
cuando una voz de mi boca
daros podia una muerte
tan cierta como alevosa.

D. Enrique. Decís bien: vuestro interés
tiene raices tan hondas
como el nuestro en este asunto.
Réstanos saber ahora
qué garantía exigís
de don Enrique.

Pascual. Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que solo puedo á solas
con el mismo don Enrique
tratarla yo.

D. Enrique. Lo que oiga,
vea, prometa ó alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha,
la presencia y la sanciona.

Pascual. Pues apartaos un poco.

D. Enrique. Hablad.

Pascual. (*Con misterio.*) Yo sé de la historia
del infante don Enrique
las escenas mas recónditas.

D. Enrique. ¡Vive Dios!

Pascual. Oid con calma,
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

D. Enrique. Adelante.

Pascual. Hace diez años
que en una noche horrorosa,
se dió un asalto á un castillo
frontero de la Rioja.
Vencieron los de don Pedro,
y su furia asoladora
pegó fuego al edificio.

D. Enrique. ¡Recuerdo horrible!

Pascual. Espantosa
fue aquella noche. Las llamas
entraban hasta una alcóba,
donde postrada en su lecho,
con las postreras congojas,
estaba una noble dama
cuanto desdichada hermosa.
Entre sus brazos gemia
una niña encantadora (*Le mira.*)
parecida á don Enrique
como una gota á otra gota.

D. Enrique. ¡Miserable!

Pascual. Oid, que acabo.
La dama era...

D. Enrique. (*Interrumpiéndole.*) El nombre sobra.

Pascual. La niña por hija de ambos
hoy don Enrique la llora.

D. Enrique. ¡Murió!

Pascual. No tal: hubo un hombre
que del incendio salvóla.

D. Enrique. ¿Y vive?

Pascual. Sí.

D. Enrique. ¿Dónde, dónde?... (*Con ansia.*)

Pascual. Eso en mi secreto toca,
y esa entre mí y don Enrique
es mi garantía sola.

D. Enrique. Y don Enrique por ella
diera cetro, vida y honra.

Pascual. Lo sé, que tuvo á su madre,
profunda, devoradora
una pasion, cuyas huellas
de su corazon no borran,
de desengaños y lágrimas
los quince años que le agobian.

Por eso lo hice: don Pedro
fue causa de mi deshonra,
y no quiero que su hermano
cuando ciña su corona
reniegue de su palabra,
cual renegó él de sus bodas
con mi hermana. Es precaucion
que me atañe.

D. Enrique. Ponzoñosa
serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,
¿quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

Pascual. La esperiencia y la venganza:
si nuestro plan se malogra
y yo en la demanda muero,
no receleis que traidora
pase el dintel de mi tumba
mi venganza. En una bolsa
de malla, asida á mi cuello,
de pergamino habrá una hoja
con la instruccion necesaria
para encontrar esa joya
que así don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, ¿el guardarla
qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre,
y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo á mi empresa,
y á don Enrique victoria
consigo sobre don Pedro,
por si la fortuna loca
contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra
mi resolucion postrera,
que nada tuerce, ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, á quien adora;
prenda por prenda, es muy justo,
que amores, señor, son obras.

D. Enrique. Pues no hay remedio, está bien;

mas no olvideis que blasona
don Enrique de severo,
y si fé en vos halla poca,
con vuestro secreto y todo,
sin mas reparo os ahorca.

Pascual. En eso estoy.

D. Enrique. Pues entonces
no lo echeis de la memoria.

Pascual. Vos decid á esos señores
que sasisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

D. Enrique. Asi es la verdad, señores.

Pascual. Sellad, y dadme: las cosas
(*Sellan el pergamino.*)
dispondré yo de manera
segura, acertada y pronta,
y aviso os daré de todo
en tres dias y á estas horas.

D. Enrique. Salgamos pues, qué ya es tarde.
Que os guarde Dios.

Pascual. El os oiga.

(*Salen todos, y Juan Pascual que se queda á la puerta viéndolos partir. El capitan asoma entre tanto por el aposento.*)

ESCENA VI.

EL CRPITAN, *escondido.* JUAN PASCUAL, *que vuelve á entrar.*

Capitan. ¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
¡Bien haya quien á esta quinta
me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;
si por azar no se rompe,
yo llegaré al otro cabo,
y ¡ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
con que ellos mismos se ahoguen.

Pascual. (*Entrando.*) Todo está ya concluido.
Mañana voy á la corte;

de este sayal me despojo;
empuño broquel y estoque;
dejo mi nombre del campo
por mi verdadero nombre,
y con firmeza y audacia
preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
sobre cuyos eslabones
de ambas Castillas la suerte
consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena,
y si ninguno se rompe,
yo les desharé uno á uno,
y ¡guay de don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
y adunando precauciones
veamos si las mugeres...

(*Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de doña Ines, y á este tiempo baja don Pedro embozado por los peñascos. Llueve.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO. JUAN PASCUAL.

D. Pedro. ¡Gracias á Dios que del monte
veo el fin, y hallo un techado
en que vivos se recogen.
Veo allá abajo una casa;
entraré en ella esta noche,
aunque sean sus paredes
madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
á estocadas y mandobles
con una legion de diablos.

Pascual. (*Volviendo á la escena.*)
Nada; duermen como postes:
cerradas estan las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.

(*Al ir á entrar en la alcoba llama don Pedro á la puerta con recios golpes.*)

D. Pedro. ¡Ha de casa!

Pascual. ¿Quién va á estas horas?
D. Pedro. Un hombre.
Pascual. ¿Qué quiere?
D. Pedro. Pues llamo, es claro
que quiero entrar.
Pascual. Pues perdone
vuesa merced, y esa esquina
á su mano izquierda doble,
y en esa tercera calle
verá un meson do le alojen.
D. Pedro. ¿Parécele, vive Dios,
que he andado yo todo el bosque,
con el barro á la cintura,
sin luz y echando los bofes,
para correr callejuelas
y acostarme en los mesones?
Abra esa puerta, ó por Cristo
que aunque forrada esté en bronce,
tales porrazos dé en ella
que os la arranque de los gonces.
Pascual. Brio traeis.
D. Pedro. Y coraje;
y abra pronto.
Pascual. No se enoje,
que al cabo merecen algo
sus corteses espresiones.
D. Pedro. Corteses ó no corteses,
para lo dicho soy hombre.
(*Sale Juan Pascual con la luz á abrir, y mientras entran él y don Pedro, dice el capitan.*)
Capitan. Ó sueño por vida mia,
ó esa es su voz. ¡Cielo! ¿á dónde
sus desventuras le traen?
Pascual. Entrad aqui.
D. Pedro. Buenas noches.
Pascual. Perdone el buen caballero
si con él anduve torpe.
D. Pedro. Perdone él mi mal humor,
que el lance no es para flores.
Héme estraviado cazando;
rompieron los nubarrones
en agua, y no topé senda

por donde salir del monte.

Pascual. ¿Hidalgo sois?

D. Pedro. Caballero.

Pascual. ¿De qué lugar?

D. Pedro. De la corte.

Pascual. ¿De la corte? ¡Que me place!
¡Sabremos qué nuevas corren!

D. Pedro. Pues no traigo yo el gaznate
para muchas relaciones.

Pascual. ¿Tendreis hambre?

D. Pedro. Como un lobo.

Pascual. Aunque en la casa de un pobre
os encontrais, no faltaron
nunca en ella provisiones.

D. Pedro. Sacadlas, pues.

Pascual. Voy al punto.

D. Pedro. Dios se lo pague, buen hombre.

Pascual. (*Llamando.*) ¡Juana! ¡Ines!

Doña Ines y Juana. ¡Señor!

Pascual. Traed luces.
Levantaos.

D. Pedro. No incomode
tanta gente para mí.

Pascual. Mis criados labradores
son, y no duermen en casa;
mas dejadme dar mis órdenes,
que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII.

DOÑA INES. JUANA. DICHOS.

Pascual. Juana, aquel par de pichones
que hay en el armario saca:
tú, Ines, en los interiores
aposentos otra cama
para esta noche disponme,
que aqui dormirá en la mia
este hidalgo.

Juana. (¡San Onofre!
¿Y el capitan?)

Ines. (¡Cielos santos!

¡Cuánto azar en una noche!)

(*Vanse doña Ines y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel &c., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve á don Pedro.*)

ESCENA IX.

JUAN PASCUAL. DON PEDRO.

Pascual. (De la corte dice que es.
Veamos si puedo astuto
sacar del hidalgo fruto.)
Trae, y vete con Ines. (*A Juana.*)
¡Ea! comed, caballero:
(*A don Pedro escanciándole.*)
bebed, y aliento tomad.

D. Pedro. Falta me hace á la verdad.
A vuestra salud. (*Bebe.*)

Pascual. Espero
que á la vuestra contribuya.

D. Pedro. Bueno es á fé este licor.

Pascual. Cosecha mia, señor.

D. Pedro. ¡Buena cosecha es la suya!
¿Tiene muchas viñas?

Pascual. Tengo
lo que llaman mucho aqui,
que me alcanza para mí
y la gente que mantengo;
y no lo pasamos mal.

D. Pedro. ¿Qué pueblo es este?

Pascual. Una aldea,
mezquina, escondida y fea.

D. Pedro. ¿Tiene nombre?

Pascual. Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
que yo mismo labré aqui,
y á las que mi nombre dí
cuando volví de la guerra.

D. Pedro. ¿Servido habeis?

Pascual. Con honor,
aunque no con gran provecho.

D. Pedro. ¡Cáspita! ¡Y os habeis hecho

de todo un pueblo señor!

Pascual. Dineros de que un buen tio
me hizo heredero á su muerte
labraron mi buena suerte,
y asi he logrado algo mio.

D. Pedro. Mas ¿de lo servido al rey
no obtuvisteis recompensa?

Pascual. El rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.

D. Pedro. Mas ¿fuisteis á verle?

Pascual. No;
nunca le ví cara á cara.
Temí que me desairara,
y soy muy altivo yo.

D. Pedro. Mal le juzgais á mi ver;
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.

Pascual. Pues lo debiera saber.

D. Pedro. ¿Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?

Pascual. Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,
alcanzára bien á todos;
mas gobierna con tal mengua...

D. Pedro. Tenga el villano la lengua,
y hable de él con buenos modos.

Pascual. Aunque con ruda franqueza
la verdad hablé no mas;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.
Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda
con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
negármelo no podeis,
y cada vez, ya lo veis,
vamos de mal en peor.

D. Pedro. Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado cruel;
porque le achacan á él
la culpa que tienen varios.

Murmuran que á sangre y fuego
tala sus propios lugares;
mas ¿quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,
¿á qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?

Pascual. Argüis en mi favor.
Pues hombre es el rey tambien,
oir le estuviera bien
consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
por oir consejos malos
emprende don Pedro á palos
con quien le viene á capricho.
El pone su confianza
en ministros que le venden,
y á su conveniencia encienden,
ó contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
y muy diversos registros,
hay justicieros ministros,
y ministros justicieros.
Y el justiciar bien ó mal
cosa es que pide gran seso.

D. Pedro. Mucho se os alcanza de eso
á lo que veo, Pascual.

Pascual. No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza á cualquier mendigo,
y á todo el que no esté loco.
Porque el mandar ¿quién ignora
que es como un potro llevar,

á quien hay que refrenar
y dar rienda á buena hora?
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera á su lado
un hombre como yo, creo
que quedaria á deseo
en poco tiempo su estado.

D. Pedro. Pues bien; la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
y que os deje el rey haré
gobernar á vuestro antojo.

Pascual. ¿Yo ante el rey?

D. Pedro. Nada temais.
Llévame siempre consigo,
y soy su mejor amigo.

Pascual. Ruégoos, señor, que advirtais
que campesino insensato
hablé sin saber con quién.

D. Pedro. (*Con autoridad.*) Elige, y escucha bien
las condiciones del trato.
Él su poder y grandeza
te ha de prestar en Castilla;
mas si en un flaco te pilla,
Pascual, pierdes la cabeza.

Pascual. Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogeis,
y para ello no atendeis
mi rudeza y mi impericia.

D. Pedro. Que atrás no te volverias
dijiste.

Pascual. Teneis razon;
y hablé con el corazon,
aunque dije tonterías.

D. Pedro. Esto ha de ser; retiraos,
y si no vais ¡vive Dios
que el rey enviará por vos!
Con que á venir preparaos.

Pascual. Está bien. (¿Qué es esto, cielos?
Mejor fortuna logré

de la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus vuelos;
la ocasion es oportuna;
mucha audacia necesito;
mas, por el cielo bendito,
de audaces es la fortuna.)

ESCENA X.

DON PEDRO, *solo.*

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
llegó á sujetar asi
un labrador, un villano,
culpando mi condicion
con tan osado teson?
Túvome Dios de su mano.
Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me dá que pensar,
y á fé que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
tiene ese hombre, ó me equivoco,
de campesino muy poco,
y de sedicioso mucho.
¡Oh, aciago sino es el mio,
y en hora fatal nací!
¿Todo el mundo contra mí,
qué me vale tanto brio?
Aragon, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
empresa contra mí toma,
pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
á la refriega me lanzo;
mas por do quiera que avanzo
no sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
siempre en medio de traidores,
mis intentos los mejores

no son mas que desaciertos.
¡Por Dios que me desespera
ver que cuando el bien aguardo
uno tras otro bastardo
retoña por donde quiera!
Y el pueblo ¡mísero de él!
vé que en mi nombre se abusa
de la justicia, y me acusa
de avariento y de cruel.
¡Ira de Dios! Si algun dia
me llego frente él á ver,
su sangre me he de beber,
ó él ha de beber la mia.
No puede mi brio, no,
con imputacion tan fea.
Palenque Castilla sea
do caigamos él ó yo.
Mas lejos, lejos de mí
esas memorias fatales:
de atajar tamaños males
no es propio lugar aqui. (*Abre la ventana.*)
Ya la tormenta se amansa,
y de nublados el viento
desemboza el firmamento:
todo al parecer descansa
de esta casa en los estremos;...
mas ¿quién sabe lo que en ella
me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... allí...
(*La puerta del pasadizo.*)
¿Tan quedo, quién puede ser?
Mas qué veo! Una muger
(*Mirando por el ojo de la llave.*)
viene con tiento hácia aqui.
A favor de la bugía
que trae la veo. ¡Oh qué bella!
¿Qué intenta? Su luz deja ella;
apagaré yo la mia. (*Lo hace.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO. DOÑA INES. EL CAPITAN, *oculto.*

Ines. (*Aparte.*) (Todo está ya sosegado;
tranquilo mi padre duerme,
y hasta saber que se ha ido
no hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huesped...
mas venia el buen hidalgo
muy cansado felizmente.
¡No oso nombrarle, ay de mí!)

D. Pedro. (*Aparte.*) (Aqui acercándose viene.
Qué buscará á tales horas?
Pero sea lo que fuere
esta ventura aprovecho,
pues la ocasion me la ofrece.
Me adelanto.)

Ines. (Ya él sin duda
me aguardaba, pues, ó miente
la vista, ó hácia mí misma
que llega un bulto parece,
segun la confusa luz
de dentro permite verle.)
¿Capitan? (*Buscándole.*)

D. Pedro. ¿Quién va?

Ines. ¡Sois vos!

D. Pedro. Yo soy.

Ines. Pues sin miedo llegue.
¡No sabeis con cuánto afan
he estado este rato breve
hasta volver á buscaros.

D. Pedro. (¿Qué enredo del diablo es este?
¡A mí dice que me busca!)

Ines. Y ya que asi os favorece,
pues duerme quieto mi padre,
para escaparos la suerte,
dadme la mano, y seguidme.

D. Pedro. No será sin que la bese,
que si es del color del rostro,

es el ampo de la nieve.

Ines. ¿Qué haceis, capitan?

D. Pedro. Tomarla
del modo que ella merece.

Ines. Ea, abreviad de palabras,
no nos aperciba el huésped,
y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
hasta la puerta yo misma
para que seguro os deje.

D. Pedro. Que venga, hermosa, tu padre,
y aunque á su lado la muerte
venga á la par, ¿qué me importa
como en tus brazos me encuentre,
y yo te tienda los mios?

Ines. ¡Dios mio, qué acento es este!
¿Quién sois?

D. Pedro. ¿Qué estrañas quien soy
cuando tú á buscarme vienes,
y yo te salgo á encontrar
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones á veces?

Ines. (¡Muerta estoy! ¡Me he equivocado!
Sin duda dí con el huesped;
mas retiraréme de él.)

D. Pedro. En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes la pierden.

Ines. Caballero, ese lenguage
tanto á mi decoro ofende
que solo el silencio es frase
con que puedo responderle.

Capitan. (*Aparte.*) (Ó me engañan mis oidos,
ó que oigo á Ines me parece.)

Ines. Ya os he dicho que no osado
quebranteis con tan aleve
intencion descomedida
del hospedaje las leyes.

D. Pedro. Amor es Dios, y ninguna

puede haber que le sujete.

Ines. La ley contra la razon
caber en un Dios no puede.

Capitan. (¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder á Ines era fuerza,
ó con don Pedro perderme.)

D. Pedro. Suspende, hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta suerte
es un caballero noble
cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido
se arriesgó á tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazon te ofrece.

Ines. El favor os agradezco;
pero reparad prudente
que la hija de Juan Pascual
nunca á lo que á sí se debe
puede faltar, ni del mundo
por todos los intereses.

D. Pedro. Deja el melindre y repara
que á tus pies humildemente...

Ines. Callad, y no hagais que á voces
llame á mi padre y mis gentes.

D. Pedro. ¿Y cuando vengan, qué harán
si de mi antojo el mas leve
soplo, ante mí de rodillas
hacer que se postren puede?

Capitan. (Esto es ya mucho: yo llego,
y salga lo que saliere.)
Don Pedro, ved lo que haceis.

D. Pedro. ¿Quién, vive Cristo se atreve?...

Capitan. Quien huye de vuestros rayos
porque su luz no le ciegue:
mas quien os deja advertido
que os es siniestro este albergue.

D. Pedro. ¿Qué escucho?

Ines. (Soltó; me libro,
por esta puerta...)
D. Pedro. (*Al capitan.*) Detente
quien seas, que por mí velas
en la oscuridad, ¿quién eres?
Capitan. (Al cabo con la ventana
tropecé dichosamente.
Callo, y me salgo por ella.)
(*Salta por la ventana.*)
D. Pedro. Habla; no temas; acércate.
Capitan. (Mas por la montaña vienen
con luces.) ¡Gracias, fortuna!
¡Aqui, aqui!
D. Pedro. ¿Qué ruido es este?
Capitan. ¡A mí, monteros, á mí;
Aqui, al capitan Blas Perez!
D. Pedro. Mis cazadores son estos
que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII.

DON PEDRO. JUAN PASCUAL. EL CAPITAN.

Pascual. Caballero, ¿qué alboroto?...
D. Pedro. Nada, buen hombre, recele:
monteros son de mi casa.
Pascual. ¡Válgame Dios, cuánta gente!
D. Pedro. Soy rico, y mantengo á muchos.
Abrid, y dejadles que entren.
Pascual. Allá voy.
Capitan. (*A don Pedro.*) Señor...
D. Pedro. (*Al capitan.*) Silencio,
que importa no conocerme.
Capitan. Viendo que no parecíais.
todo el monte diligentes
recorrimos, y un villano
nos dió el sendero que tiene
fin en frente de esta casa.
D. Pedro. Justo es que se recompense
á ese villano: dadle eso. (*Un bolsillo.*)
Pascual. (*Viendo que doña Ines y Juana han salido.*)
¡Eh! á su cuarto las mugeres.

Ines. Padre, al oir tal estruendo...

Pascual. Curiosidad solamente.

D. Pedro. ¡Hola, hola! Juan Pascual,
hija tan bella teneis,
y callado me lo habeis?

Pascual. Vinísteis en hora tal
que estaba ya recogida;
que aunque en mi casa es señora,
se levanta con la aurora,
y de la hacienda me cuida.

D. Pedro. Es muy hermosa.

Pascual. Favor
y lisonja cortesana.

D. Pedro. Llevadla con vos mañana.

Pascual. ¿Aun dais en eso señor?

D. Pedro. Hoy don Pedro ha de saber
que en Castilla hay tan grande hombre
como vos; yo vuestro nombre
le diré, y os querrá ver.
Con que asi, considerad,
y yo os lo quiero advertir,
que por fuerza habeis de ir
si no vais de voluntad.

Pascual. (*Con altivez.*) Pues tanto empeño poneis,
decidle al rey que aunque rudo
labrador, como me veis,
soy tenaz y testarudo.
Y si me pone consigo
en el poder á la par,
tiene mucho que arriesgar
para habérselas conmigo.

D. Pedro. Pues eso os digo yo á vos;
que el rey don Pedro es tan hombre,
que no hay cosa que le asombre,
siendo él la sombra de Dios.
¿Lo oís?

Pascual. No lo he de olvidar.

D. Pedro. A Dios, y por vuestra vida,
que esa hija tan recogida
no os descuideis de llevar.
Que fuera en el rey mal visto
daros pompa soberana,

y quedarse ella villana.

Pascual. Conmigo irá; no resisto.

D. Pedro. Ahora, señores, marchemos.

(*Vanse por las montañas alumbrando con los hachones á don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el capitan se encara con Juan Pascual, y le dice tendiéndole la mano al último verso.*)

Capitan. ¿A Sevilla ireis, Pascual?

Pascual. Iré, capitan; sí tal.

Capitan. Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII.

JUAN PASCUAL, *fuera de la casa.* INES Y JUANA, *á la entrada.*

Pascual. (¿Qué querrá ese hombre decir
con ese tono de pique?
mas será de don Enrique
y me querrá seducir
como me juzga labriego.)
(*A doña Ines y Juana.*)
Vosotras á vuestro cuarto,
que para vigilia hay harto
con tanto desasosiego.

(*Cierran las ventanas y se retiran, dejando á Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de don Enrique.*)

ESCENA XIV.

JUAN PASCUAL. DON ENRIQUE. ENMASCARADOS.

Pascual. La suerte nos favorece
mas que nunca imaginé:
mañana voy á Sevilla
segundo del rey á ser.

D. Enrique. ¿De don Pedro?

Pascual. De don Pedro.
Con que mañana estareis...

D. Enrique. Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, donde es.
Pascual. ¿Adónde?
D. Enrique. Con don Enrique.
Ese pergamino ved.
Pascual. (*Lee.*) El rey de Francia envia á don Enrique doce mil hombres de guerra á las órdenes del famoso capitan el caballero Bertrand Duguesclin, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. A la hora en que estas letras os lleguen estarán rayando las fronteras de Castilla.
D. Enrique. ¿Estais, Juan Pascual?
Pascual. Estoy.
D. Enrique. ¿Como leal cumplireis?
Pascual. Como cumpla don Enrique.
D. Enrique. El lo hará como quien es.
Pascual. Pues muerto ó vivo en sus manos
juro á don Pedro poner.
D. Enrique. Pues adelante.
Pascual. Adelante.
D. Enrique. ¿Hasta cuándo?
Pascual. No lo sé.
D. Enrique. ¿De aquel papel...?
Pascual. Viva ó muera,
sobre mí le encontrareis.
D. Enrique. Pues Dios os dé su favor.
Pascual. Quiera protegeros él.
(*Vanse don Enrique y los suyos.*)
Ahora veremos, don Pedro,
quién es el que ultraja á quién.
¡Oh! tú me esperas mañana;
por Dios que no faltaré.
(*Entra en su casa y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	DOÑA INES.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.	JUANA.
JUAN PASCUAL.	UN ERMITAÑO.

Soldados, conjurados, pages, damas, músicos y pueblo.

Cámara real de don Pedro, con puerta en el fondo: un balcon á la derecha, y una puerta á la izquierda con otra secreta que se abrirá á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. EL CAPITAN BLAS PEREZ.

D. Pedro. Esto es hecho, capitan:
no queda un rincon de tierra
que no nos levante guerra,
ó nos cause algun desman.
Dá ese maldito frances
dineros y hombres á Enrique,
¿y quieren que ponga dique
yo á mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
del reino que ansioso guardo,
debo decirle al bastardo,
"ven, toma; tú eres primero.
»Toma ese cetro rëal;
»envíame á un calabozo,
»que yo espiraré de gozo
»esperando tu puñal."
No: todo empeño es en vano.

El me apellida el cruel,
y no ha de escudarle á él
el título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo
no hay medio de que me esplique,
sin que me nombren á Enrique
á la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
no oigo hablar mas que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
y no sé tenerme á raya.
En fin, capitan, veamos
lo que dicen esas cartas.

Capitan. Noticias de ese hombre hay hartas.

D. Pedro. La vida necesitamos
para él ¡voto á Belcebú!

Capitan. Pues aunque sienta enojaros,
otra tengo yo que daros
de ese mismo.

D. Pedro. ¡Tambien tú!

Capitan. La vida en ello nos va,
y á ser tan solo la mia
la callara, y moriria
sin enojaros.

D. Pedro. Está
bien. Dila, que no me enojo.

Capitan. Ese labrador taimado
que en su casa os ha hospedado...

D. Pedro. ¿Vas á culparme el antojo
de hacerle gobernador
para ver cómo se esplica?

Capitan. Es que á mas altura pica
ese labriego, señor.

D. Pedro. Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?

Capitan. Es que de ofrecer acaba
vuestra cabeza, y...

D. Pedro. (*Con calma.*) ¿Y qué?

Capitan. ¿Y qué? No sé cómo arguya,
señor, si os va en un mal paso...

D. Pedro. ¿La cabeza? Y dime: ¿acaso
vendrá ese hombre sin la suya?

Capitan. No; mas repare su alteza....
D. Pedro. Vaya, Blas, no es grande azar;
ya sé que se va á jugar
cabeza contra cabeza.
Capitan. Pues, señor; ya que es preciso,
sabed que yo ví, y oí
anoche...
(*Entrase un ermitaño en el salon, y don Pedro al verle se levanta dirigiéndose á él con saña.*)
D. Pedro. ¿Quién se entra aqui,
¡vive Dios! sin mi permiso?
¿A qué te llegas, traidor,
hasta el cuarto de tu rey?
Ermitaño. Vengo á intimarle una ley
de su natural señor.
D. Pedro. ¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!
Ermitaño. Sí; siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
del orbe la maravilla.
D. Pedro. (*Moderándose y descubriéndose.*)
¿Ministro sois del altar?
Perdonad; no os conocí.
Hablad; ¿qué quereis de mí?
Ermitaño. A solas hemos de estar.
D. Pedro. (*Al capitan.*) Sal, y espera.

ESCENA II.

DON PEDRO. EL ERMITAÑO.

D. Pedro. (*Al ermitaño.*) Decid, pues.
Ermitaño. Yo soy un monge ermitaño
que á todo comercio estraño
con el mundo en que te ves,
paso mi pobre existencia
á orillas de un precipicio,
ceñido con un cilicio,
en áspera penitencia.
A santo Domingo ayer,
á quien tengo por patron,
con sincera devocion

oracion me puse á hacer,
y en ella con grande espanto,
cercado de resplandores
vivos y deslumbradores,
aparecióseme el santo.

D. Pedro. (De fé por demas sencilla
que son patrañas colijo.)

Ermitaño. Escucha, el santo me dijo:
"vé, y dile al rey de Castilla
que el alma se purifique
del mal que en la tierra ha hecho,
porque va á romperle el pecho
el puñal de don Enrique."

D. Pedro. (*Furioso.*) ¡Traidor! ¿Con esas me vienes?
¡Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
ni las órdenes que tienes.—
¡Hola, capitan! Aqui.
Veremos si se abre el cielo
para salvarte.

Ermitaño. A él apelo,
pues sus órdenes cumplí.

D. Pedro. ¡Ea! Sin mas dilaciones
quitádmele de delante,
y degolladle al instante
debajo de mis balcones.

Capitan. Señor, con muerte tan fea...

D. Pedro. Es un perro de mi hermano.
Sí, que muera ese villano
donde mi pueblo le vea.

Capitan. Señor...

D. Pedro. Nadie me replique.
No, no hay perdon para ese hombre.
(*Lo llevan.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¿Con que es eco de mi nombre
el nombre de don Enrique?

¡En todas partes su sombra
conmigo á mi lado va:
en todas partes está,
y en todas partes me asombra!
¿Con que ese hombre es mi destino?
¿Y en la corte, y en la plaza,
y en el templo, y en la caza
le he de hallar en mi camino?
¡Oh, que venga de una vez,
que venga, y entre mis brazos
verá como hago pedazos!...
¡Pero es cobarde, pardiez!
No vendrá, no. De emboscadas
me cercará, y de traicion,
que no tiene él corazon
para vencerme á estocadas.

ESCENA IV.

DON PEDRO. JUAN PASCUAL. DOÑA INES. EL CAPITAN.

D. Pedro. ¿Qué es?
Capitan. Ahí está el labrador
montañés.
D. Pedro. Llega en buen hora.
Que entre, y veremos ahora
si es un hombre de valor.
Capitan. Entrad, que el rey os espera.
Pascual. Dadnos, gran señor, los pies...
mas ¡cielos!... ¿este el rey es?
D. Pedro. El rey vuestro huésped era.
Pascual. (¡Y tuve ¡necio! en mi casa
anoche á don Pedro yo!)
D. Pedro. (Mucho al verme se turbó.)
Pascual. (¡Yo no sé lo que me pasa!)
D. Pedro. Acérquese, Juan Pascual,
y de respetos se exima,
que el rey tiene en mucha estima
á un hombre de ciencia tal.
Pascual. Señor...
D. Pedro. Desde este momento

en Castilla mandareis;
silla á mi mesa tendreis,
y en mi palacio aposento.
Que hacia falta habeis dicho
un hombre cual vos al rey.
La vara os doy de la ley:
mandad á vuestro capricho.
Nadie os ha de ir á la mano:
tendreis el anillo real;
mas sed justo, Juan Pascual,
con el noble y el villano.
(*A sus guardias.*)
Pregónese este mandato,
y que se cumpla al momento.
¿Estais, Juan Pascual, contento?
No os quejareis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre:
id á que Sevilla os vea,
y en vuestra justicia crea
la asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
para el cargo que emprendeis,
que vos me respondereis
de cuanto en mi reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
hasta la aldea mas tosca,
no ha de moverse una mosca
sin que la otorgueis permiso.—
Capitan, su secretario
sereis vos, que en su ejercicio
puede parecer novicio,
y le sereis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser,
y por si tuerce de intento,
apodérate al momento...)

Capitan. (¿De quién?)

D. Pedro. (De aquella muger.) (*Doña Ines.*)

ESCENA V.

JUAN PASCUAL. DOÑA INES. EL CAPITAN.

Pascual. ¡Ah, no saber que el rey era,
mentecato!
Ines. ¡Ay padré mio!
con un rey de tanto brio
mala fortuna os espera.
Pascual. ¿Y qué remedio me queda?
Ya cara á cara los dos
con el auxilio de Dios
haremos lo que se pueda.
Ines. ¡Ay de mí! Mucho me temo
que nos recibe muy mal.
Capitan. No os aturda, Juan Pascual,
ver en el rey ese estremo.
Tras esa faz torba y fiera,
y esa voz que al pecho arranca,
esconde un ánima franca
con un corazon de cera.
Arrogante, pero llano,
asusta cuando reprende;
mas si percibe que ofende
da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestro guia,
y vereis...
Pascual. No veré nada,
capitan, que esta jornada
no es vuestra ¿ois? sino mia.
Capitan. Mas soy vuestro secretario...
Pascual. Pues yo no sé ni una letra,
y en mí la razon penetra
sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje
sin ver si os va ó no en talante...
Con que de aqui en adelante
ni me tire ni me afloje.

(*Toma el brazo á doña Ines: y va á salir con ella. El capitan la detiene por el otro.*)

Capitan. Perdonad; esta señora
tiene damas y aposento
preparadas al intento.
Pascual. ¿No es mi hija?
Capitan. Por ahora
está del rey al amparo.
Pascual. Amparada está conmigo.
Capitan. El rey manda lo que os digo.
Pascual. (*Soltándola.*) Si él lo manda...
Capitan. (*Tomándola.*) Pues es claro.—
¡Hola! Esas damas llamad,
que á su señora acompañen,
y esos cautivos que tañen
instrumentos avisad.

(*Salen las damas y los cautivos, que vuelven á entrar con doña Ines.*)

El rey mandó rodearos (*A doña Ines.*)
de ostentacion y placeres,
que es galan con las mugeres.
(Mirad que tengo que hablaros.)
Ines. (Velad, capitan, por mí,
que solo en vos me confio.)
Capitan. (Segura estais, amor mio,
mientras yo respire aquí.)

(*Vanse doña Ines, damas y cautivos.*)

ESCENA VI.

JUAN PASCUAL. EL CAPITAN.

(*Este queda acechando á Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo.*)

Pascual. ¡No sé qué imagine de esto!
Mas no cedo, vive Dios.
Veremos quién de los dos
es al otro mas funesto.
¡Hola! (*A un criado.*)
Criado. ¿Llamais?
Pascual. Unos hombres
que en la antesala quedaron,
que entren aqui.

(*Entran, y les dice.*)
¿Contestaron?

Uno. Todos pusieron sus nombres
en vuestra carta, y esperan.

Pascual. Pues de destreza es asunto.
Que todo el mundo esté á punto,
y al medio dia que hieran.

Otro. Ya al son de vuestra venida
reunida está en la plaza
multitud que la embaraza,
para todo apercibida.

Pascual. Pues pronto; corred, volad,
porque todo lo perdemos
si en rebelion no ponemos
al momento la ciudad.

Otro homb. Ahí hay un hombre que en tanto
junto á un cadalso se halla.

Pascual. Corred entre la canalla
la voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hombre
sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
y servíos de su nombre.
Asi estallará mas presto.

(*Les manda salir, y quedan él y el capitan.*)

Capitan. ¿Qué gente es esa?

Pascual. Alguaciles.
Algunas órdenes diles
para que ocupen su puesto.
Yo voy á ocupar el mio,
capitan. ¡A Dios quedad!

Capitan. Mirad bien por la ciudad.

Pascual. Podeis fiar en mi brio.

ESCENA VII.

EL CAPITAN. *Luego* JUANA.

Capitan. Viéndolo estoy y lo dudo.
Al cabo de tanto azar,
para colmo de desdichas

Ines en palacio está.
Y aunque por fortuna suya
nombróme el rey su guardian,
es claro que él querrá verla
y de ella se prendará.
Sabe que fue quien anoche
entró en su cuarto á buscar
un hombre á quien no conoce:
mas que amenazóle audaz,
y le advirtió de un peligro;
y querrá saber de cual.
¡Ah! Tiemblo por vida mia.

Juana. ¡Calla! ¿Sois vos, capitan?

Capitan. ¡Juana! ¿qué es esto? ¿Tambien...?

Juana. Tambien estoy por acá.
(*Asoma don Pedro por el fondo.*)
Los guardias de esa antesala
no me dejaron pasar
con mis amos, hasta que ahora
á una orden de Juan Pascual...

Capitan. Dios te ha conducido aqui
mi angustia para calmar.
Dí á Ines que tiene en su cuarto
una ventana que da
á un jardin, y que por ella
la tengo al punto que hablar
de cosas que mucho importan
á nuestra seguridad.
Vé, no tardes.

Juana. Voy al punto.

Capitan. Vuela.

Juana. Bien; voy á volar.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. EL CAPITAN.

Capitan. Corro al jardin al instante...
Mas ¡Dios mio!

D. Pedro. ¿Dónde vas?

Capitan. Iba, señor...

D. Pedro. Sin mentir.
Capitan. Señor, os iba á buscar.
D. Pedro. ¿Has olvidado, Blas Perez,
que yo no duermo jamás,
que todo lo oigo y lo veo,
y que espío con afan
á los mismos á quien mando
á los otros espiar?
¿No sabes que la traicion
tan diestro me tiene ya
que hasta en la sombra que pinto
encuentro que sospechar?
Dime, pues: ¿á esa muger
de qué la conoces, Blas?
Capitan. ¿Esa doncella?
D. Pedro. Por su ama
pregunto.
Capitan. Señor, piedad.—
Alcanzaron mis ojos su hermosura
del monte entre los árboles un dia,
y llevóme á sus plantas mi locura.
D. Ped. ¿Tú la amas?
Capitan. Sí; con ciega idolatría.
La amo, señor: mi pensamiento loco
indeleble su imagen me retrata,
y la vida sin ella tengo en poco.
D. Ped. ¿Con que ella á tu pasion no ha sido ingrata?
Capitan. Siento orgullo al decirlo todavia.
Era un secreto que en mi pecho estaba,
mas hoy del corazon salir debia,
y para revelároslo os buscaba.
Yo anoche, mientras vos en la aspereza
del monte andábais, de mi fé impelido,
á su padre escuché vuestra cabeza
prometer, en su cámara escondido.
D. Ped. Luego ¿eres tú, gusano miserable,
por quien ella venia á mi aposento,
y quien con un aviso inesplicable
quiso esconderme su amoroso intento?
¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido

que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Creiste que tu amor, su honor acaso
de tu rey el aliento profanara,
y audaz pensaste que tan necio paso
con tu señor un punto te igualara!
La erraste, capitan. Por un esceso
vives de mi bondad: tu vida entera
no es mas que un vaso, que aunque dura ileso,
polvo al impulso de mi aliento fuera.
Yo te dejé que con osada mano
vengaras á tu padre impunemente,
pero no por tus méritos, villano,
porque á mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oiste
que yo la hablé de amor, oiste el fallo
con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿quién el vasallo?

Capitan. Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál fue mi yerro?

D. Ped. Ver, oir y callar: partir sin ruido
lejos del rey, pues no eres mas que un perro
para echarte á mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
en el oido en que su voz resuena,
si ojos y oidos de vasallos osan
de cegar y no oir tienen la pena.

Capitan. Cegádmelos, señor, si os ofendieron:
paguen, si os place asi, tanta osadía;
mas ved que sin querer vieron y oyeron...
lo que ha olvidado la memoria mia.

D. Ped. Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno
pase por ella la escondida idea.

Capitan. No temais, no, que vuelva inoportuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometísteis;
miraros me dejásteis cara á cara;
nombre y hacienda y opinion me dísteis,
y en una eternidad no lo olvidara.
Sí; nacido en el polvo, destinado
á obedecer tan solo, soy un perro
que al lecho siempre de su dueño atado
lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, sí; mas con leal empeño

muchos y largos años he vivido
velando en las campañas vuestro sueño,
pronto siempre á morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué quereis? De vuestro antojo
soy el eco no mas; ni hay mas pasiones
en mi pecho que vos: vos sois mi arrojo,
mi existencia, mi fé, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero,
Ni ley, ni amor: para serviros vivo.
"¡Dá, hiere:"—me decís, y doy y hiero,
y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
pero dócil, señor, á vuestro yugo,
decidme: —"caiga en ella mi venganza,"—
y yo mismo me torno su verdugo.

(*Pausa.*)

D. Ped. Su protector serás; yo te la entrego.
Capitan. Señor, á vuestros pies...
D. Ped. Alza, vasallo.
Si á mi capricho con tu vida juego,
no oso á la fé que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego pues: sé tú su egida,
y si en esta inquietud con que batallo
pierde su padre por traidor la vida,
echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente á sus ojos, y que nunca
un enemigo en tí vea ominoso
de nuestra suerte si la flor se trunca,
que no has de aventajarme en generoso.
Capitan. ¿Con que...?
D. Ped. Ya basta; como quieras obra:
de su padre es el freno, y tú la tienes;
si Enrique vence al fin, todo me sobra;
sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX.

EL CAPITAN. *Luego* JUAN PASCUAL.

Capitan. Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.

Sal, pues, sal del pecho mio,
necio amor sin esperanza;
sal, y tórnate venganza
al brotar del corazon.
La vida vas á costarme;
mas qué vale mi existencia?
Sal; el deber te sentencia,
te asesina la razon.
Sí; si la traicion esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: —«su cabeza
de tu traicion me responde.»
¡Hola! ¿Sois vos?

Pascual. Yo soy, sí.
¿Qué temeis de mí?

Capitan. ¿Yo? Nada.

Pascual. Ya os dije que esta jornada
era solo para mí.

Capitan. Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.

Pascual. No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del rey que el poder me dá,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

Capitan. (*Asomándose.*) Con efecto, hay en la plaza
mucha gente.

Pascual. (*Con intencion.*) Y mucha mas
que vendrá.

Capitan. Por Barrabás
que algun tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
lo que el rey os encargó...

Pascual. No fue que enmendara yo
lo que hizo el rey de Castilla.
Mirad bien.

Capitan. Llevan á un hombre
como traidor al cadalso.

Pascual. Y el pueblo dice que es falso;
que es un santo.

Capitan. ¿Y ese nombre

que alucinado le aplica
que ha de libertarle entiende?

Pascual. Yo no sé si lo pretende;
mas sé que le santifica.

Capitan. Y en fin...

Pascual. En fin, eso el rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
con que ahí no alcanza mi ley.

Capitan. ¡Pero si él cuentas os pide...!

Pascual. Que las pida; no me arredro:
entonces verá don Pedro
con quién es con quien se mide.
Él depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.
¿Lo ois?

Capitan. ¡Cómo! ¿Osais poneros
de vuestro rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual...

Pascual. Vosotros sois quien teneros
debeis delante de mí.

Capitan. ¿Creeis que esa investidura...?

Pascual. Me dará la dictadura.

Capitan. ¡Traidor!

Pascual. ¡Basta!

Capitan. Basta, sí.
Porque él se vengue primero
mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y....

Pascual. Que venga,
capitan, aqui le espero.

ESCENA X.

JUAN PASCUAL. *Luego* DON PEDRO.

(*Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras &c. Se asoma al balcon.*)

Pascual. Venga, sí; tan improviso

el golpe habrá de sentir,
que no ha de poderle huir...
mas todo ello fue preciso.
(*Mirando por el balcon.*)
¡Hola! La guardia resiste:
el clérigo les exhorta;
pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.

Voces. ¡Perdon, perdon!

Otras. ¡Muera, muera!

D. Pedro. ¿A qué viene este tumulto?

Pascual. Será por cualquier insulto
un alboroto cualquiera.

D. Pedro. No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbre.

Pascual. Eso será la costumbre;
pero mis gentes avanzan,
y ellas lo arreglarán: descuidad eso.
(*Toca la campana á rebato.*)

D. Ped. ¿Mas qué campana es esa? ¿Es á rebato?
¡Me vendias, traidor! (*Va á salir.*)

Pascual. Tente, insensato.
Estás en mi poder; te tengo preso.

D. Ped. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas
mis manos atarás, si á un soplo mio
tú mismo resistir podrás apenas?

Pascual. Tened, don Pedro, vuestro inútil brio:
tened, y no salgais, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano:
no hay en vuestro favor un solo acero.
Yo mas que vos maquinador y astuto,
por la mano os gané; mas atrevido
logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano leon, ya estas rendido.

D. Ped. (*Con fiereza.*) ¡Rendido! El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.

Pascual. Y yo que sobre vos lo he amontonado
para echároslo encima de repente,
lo veré desplomarse arrebatado

y estrellarse al caer en vuestra frente.
¿No alcanzais la razon de lo que os digo?
Lo sé; mas escuchad. No soy tan solo
cual otros mil comun un enemigo,
que en pró de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre, cuyo honor hollásteis
tejiendo la mentira mas villana,
cuyos limpios blasones empañásteis
atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y á lograrla con calma me previne,
con estudiado afan: y esta es mi hora.
Sí: contempladme bien. No como un dia
reptil oculto á vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo á decir con osadía:
yo soy, don Pedro, don Guillen de Castro.

D. Ped. ¡Tú un Castro!

Pascual. Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperacion. Ella es mi hermana;
y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué mas quereis, don Pedro, que os esplique?
¿Por qué con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado á don Enrique
vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.

D. Ped. Pues bien; ven á arrancarla de mis hombros,
y aprenderás mas fáciles promesas
á hacer si has de cumplirlas: nunca asombros
me dieron mas difíciles empresas.

Pascual. ¡Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,
y es ceder ó morir vuestro destino.

D. Ped. (*Con ironía.*)
Del tuyo siento, buen Guillen, envidia,
y quiero que hácia allá me abras camino.

Pascual. Don Pedro, os engañais: me habeis herido
de vuestra ley y fuero con la espada,
y á vuestra misma ley he acudido.
Escuchad á la plebe amotinada. (*Gritos.*)
¿La ois? Clama por vos: viene á buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estábais preso,
y que al bastardo prometí entregaros.

D. Ped. Mucho te ha de costar, vive Dios, eso.
(*Con sarcasmo.*)
Tú has prometido á Enrique mi cabeza,
y le llamas, tal vez, á que la tome:
pues bien, la tuya encontrará su alteza;
yo se la arrojaré cuando se asome.
(*Cierra las puertas y ase de una espada.*)
Ahora á tu vez defiéndete, villano:
usa de tu valor y de tu acero,
porque vas á aprender de un rey tirano
lo que hay de un asesino á un caballero.
Ven; ya no lidia mi poder conmigo:
aqui mi magestad ya no me escuda:
solo Dios es aqui nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI.

DICHOS. CONJURADOS, *que suben por el balcon.*

Voces. ¡Muera don Pedro!
Voces. ¡Muera!
Un conj. (*Que sube por el balcon.*) ¡Aqui, valientes!
Aqui está el rey, subid.
Otros. (*Que suben tras él, y van contra don Pedro.*)
¡Muera el tirano!
D. Ped. Venid á mí, rebeldes insolentes,
y probareis el peso de mi mano.
Pascual. ¡Ea! Acabad con él.

ESCENA XII.

Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared; y en el punto en que va á sucumbir al número, se abre á sus espaldas una puerta, en la cual aparece el CAPITAN, *que muestra á* DOÑA INES *desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.*

Capitan. ¡Atrás, canalla!
Da un solo paso mas, y la asesino. (*A Pascual.*)
Pascual. Teneos, capitan.—Atrás vosotros. (*A los suyos.*)

Capitan. (*A don Pedro.*) Una barca, señor, puesta se halla
en la torre del Oro; este camino
seguro allá desde el palacio os lleva.
Huid.

D. Ped. Traidores, volveré algun dia,
y ¡ay del que entonce á parecer se atreva!

Capitan. (*A don Pedro.*)
Huid.—Ahora, Juan Pascual, escucha.
Cabeza por cabeza, esta es la mia;
(*Señalando á doña Ines.*)
la contienda es ya igual, franca la lucha.

Pascual. Por piedad, capitan, por cuanto caro
en el mundo teneis, el ímpio acero
de su pecho apartad: yo os doy amparo,
riquezas, libertad.

Capitan. (*Con firmeza.*) No: solo quiero
que entiendas bien mi condicion postrera:
escúchamela bien, hiena taimada.
La suerte de don Pedro á tu hija espera,
y á su suerte desde hoy encadenada,
ella responderá de su destino
siendo como él, dichosa ó desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
y mira de quién es esta jornada.

(*Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
DOÑA INES.
EL ASTRÓLOGO BEN-HAGATIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTIEL.

Guardias y soldados de don Pedro.

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo por encima de las almenas se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla que conduce al torreon, y otra á la izquierda, al lado de la cual por una ventana con reja se verá un interior del torreon donde estará el astrólogo Ben-Hagatin: un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendon del rey don Pedro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON PEDRO, *sobre un torreon, mirando al campo de don Enrique.* DOÑA INES *lo mismo por las almenas.* EL CAPITAN *dando sus órdenes al* ALCAIDE, *que estará hablando con él.* EL ASTRÓLOGO *en su torre consultando á la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de don Pedro.*

Capitan. Que esté ese paso secreto
guardado por buena gente,
y que entre él solo.

Alcaide. Corriente.

Capitan. Ya conoceis el sugeto.
Alcaide. Ya le conozco.
Capitan. En los nichos
que hay en aquel subterráneo
puede ser triunfo instantáneo
con los hombres de armas dichos.
En estando ese hombre dentro
que se lance vuestra gente
allá abajo de repente
de los suyos al encuentro.
Todos prisioneros: y
en tanto por esa puerta
que esten tres ó cuatro alerta
cuando esté él conmigo aqui.
¿Lo ois? Que él entre no mas.
Alcaide. Está bien. (*Vase.*)
Capitan. (*A doña Ines.*) Y vos, señora,
retiraos, que ya es hora.
Ines. (*Con tristeza.*) No imaginé yo jamás,
capitan, eso de vos.
Capitan. ¡Ah! llorais... Por caridad
el llanto de mí ocultad;
no me hagais dudar de Dios.
Ines. No le invoqueis, ¡fementido!
que á enojo le provocais
cuando á sus plantas alzais
corazon tan corrompido.
¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
¡Engañar á una muger
rehenes para tener
con su padre vencedor!
¿Esto es, capitan, nobleza?
¡Decirle á un padre que elija
mostrándole de su hija
con el puñal la cabeza!
Capitan. Callad, señora, callad,
que ignorais lo que me cuesta
con vuestro padre esa apuesta
de inaudita atrocidad.
Ines. Decid mejor lo que os vale,
porque teneis la esperanza
que mi peso la balanza

de vuestra fortuna iguale.
Porque ¿cómo ha de dejar
un padre á su hija morir
tan solo por conseguir
á un enemigo vulgar?
Le direis: — vida por vida,
salvadme á mí y os la entrego,
que al fin es cosa de juego
una muger seducida.

Capitan. Retiraos, doña Ines,
ó de mi fé no respondo.

Ines. A tu pesar en el fondo
mi razon de tu alma ves.

Capitan. Os engañais, os lo juro:
vos veis el remordimiento
donde hay otro sentimiento
mas noble, si mas oscuro.
Vos no podeis comprender
que un hombre que á su rey ama,
le sacrifique su fama,
su amor, su razon, su ser.
Ni vos lo comprenderiais,
ni yo os lo osara esplicar,
pues á poderlo alcanzar
yo sé que os asombrariais.
Sí; yo estoy viendo una estrella
de quien salvacion espero,
y para apagarla infiero
que voy corriendo tras ella.

Ines. (*Con emocion.*) ¡Ah! rendios, capitan.
Cuando veo el sentimiento
con que espresa vuestro acento
ese incomprensible afan,
aun que me amais imagino,
y que me decís lo cierto,
aunque la influencia advierto
de algun insondable sino.

Capitan. Sino fatal que me impele
á abreviar mi propia vida
desgarrándome una herida
al punto en que mas me duele.

Ines. ¡Ah, me amais! Dejaos vencer.

Capitan. Sí; os adoro, ¿á qué mentir?
Ines. Pues bien, dejadme salir.
Capitan. Señora, no puede ser.
Ines. ¿Es decir, mal caballero,
que debo estar desde aqui
en que sereis para mí
mi opresor, mi carcelero?
Capitan. ¡Oh, por Dios! (*Desesperado.*)
Ines. Atado al yugo
que vuestro dueño os impone,
vendreis, si el rey lo dispone,
á parar en mi verdugo.
Bien: seré mártir; mas vos
que asi me sacrificais
mi airada sombra arrojais
entre vuestro paso y Dios.
Sí, capitan; yo os perdono
mi bárbaro sacrificio,
pero os aguardo en su juicio,
y os emplazo ante su trono.

ESCENA II.

DON PEDRO. EL CAPITAN.

Capitan. Emplaza, emplázame, sí;
breve ha de ser este plazo,
pues tu muerte de rechazo
me dará la muerte á mí.
¡Oh! Si asomarte pudieras
á mirar mi corazon,
moviérate á compasion
al ver cual me lo laceras.
Mas ¡ay! ¡con cuánta verdad
me culpas mi villanía!
(*Pausa.*)
Y atrás no me volveria
por toda una eternidad.
D. Pedro. (*Que se ha vuelto á oir la última parte de la escena anterior, y baja del torreon.*)
Blas.
Capitan. Señor.

D. Pedro. Esa muger
te cuesta mucho, lo veo:
libertártela deseo:
siento verte padecer.

Capitan. Señor, con esa quimera
no andeis desasosegado.
Ya me la habeis entregado,
y haré de ella lo que quiera.

D. Pedro. En vano ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.

Capitan. La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,
(*Con resignacion.*)
aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daria la vida entera;
mas pide una razon fiera
que la vuestra sustituya.

D. Pedro. Perez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y á decirte la verdad
la conciencia me remuerde.

Capitan. Tambien á mí; mas la acallo
con razon mas poderosa.

D. Pedro. ¿Y con cuál?

Capitan. Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

D. Pedro. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
con tan triste sacrificio?

Capitan. Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en esceso,
recordarle no quereis;
y mas, don Pedro, me haceis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
¿De vuestro reino, qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

D. Pedro. (*Con orgullo.*) Yo siempre moriré honrado;
que atestiguar harto puedo
que hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y tropa
con que volver á Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido
es porque tal fue mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
á cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los á quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné,
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
¿Para esto habia razon?
¿Qué derecho se la abona?
¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazon?
No. Encerrado como estoy
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga
el rey de Castilla soy.

Capitan. Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

D. Pedro. (*Dándole la mano.*)
Y en lo futuro quien cuente
tu lealtad no faltará.

Capitan. Mi padre fue zapatero,
vasallo, y de él nací yo,
y su alteza me nombró
capitan y caballero.
Quiero pagaros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
con la vuestra por igual.

D. Pedro. No, por mi vida; eso no.

Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

Capitan. ¿Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré á ser zapatero.

D. Pedro. Mas oye; en esa escalera
siento pasos.

Capitan. Es sin duda
Men Rodriguez: quiera ayuda
darnos Dios.

D. Pedro. ¡Ojalá quiera!

ESCENA III.

DON PEDRO. EL CAPITAN. MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.

Capitan. Men Rodriguez, ¿qué noticias...?

D. Pedro. ¿Habeis visto á ese frances?

Rodriguez. Sí, señor.

D. Pedro. ¿Admite, pues?

Rodriguez. No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
á proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situacion.

D. Pedro. ¡Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hácia mí;
mas si me saca de aquí
al cabo se lo agradezco.

Rodriguez. Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué:
quién érais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venia
á sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle no podia.
Yo entonces por grande hazaña
el salvaros le pinté,

y en vuestra palabra y fé
le prometí media España.

D. Pedro. Bien hiciste en prometer
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede
entera la he de perder.
Mas al fin, ¿qué dijo?

Rodriguez. Al fin,
tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.

D. Pedro. ¡Ese Beltran de Claquin
me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara
que sí ó que no contestara.

Rodriguez. Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se vé desde esta torre.
Vedla, señor.

D. Pedro. ¿Es aquella
que está junto á la corriente?

Rodriguez. Sí señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.

D. Pedro. Bueno.

Rodriguez. Si le veis brillar
podeis sin riesgo salir
y á su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá á esperar.

D. Pedro. Men Rodriguez, por si acaso
la luz á brillar acierta,
sobre el torreon alerta
estad, no erremos el paso.
(*Sube Men Rodriguez al torreon.*)
Retírate, Blas, tambien,
que quiero oir el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

Capitan. Está bien. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO. EL ASTRÓLOGO. MEN RODRIGUEZ *en el torreon, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.*

D. Pedro. ¿Habeis concluido ya?
Astrólogo. Vuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.
D. Pedro. ¿Y qué respuesta nos dá?
Astrólogo. Confusa es la esplicacion;
pero vos la entendereis,
que los secretos sabeis
que hay en vuestro corazon.
Ved: en ese pergamino
de los astros está escrita
la razon. Se necesita
que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.
D. Pedro. (*Lee.*) Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podeis darme mas clara
esplicacion?
Astrólogo. Sí podria;
pero mucho sentiria
que si lo hiciese os pesara.
D. Pedro. ¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino á las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no á bulto.
Astrólogo. Su respuesta es esa; y de ella
el sentido á escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.
D. Pedro. Eso ya yo me lo sé (*Con amargura.*)
desde el punto en que nací;
y que mejorara aqui
nunca me esperaba á fé.
(*Señalando al pergamino que tiene en la mano.*)
Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

Astróloro. Hay aun
consulta menos comun
que hacer, pero es arriesgada.
D. Pedro. ¿Con quién creeis que tratais
para dudar del valor?
Astrólogo. Yo os lo propongo, señor:
vos hareis lo que querais.
D. Pedro. ¿Sabré?...
Astrólogo. Toda la futura
suerte á que el destino os lleva.
D. Pedro. ¿Cierta?
Astrólogo. Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.
D. Pedro. Hacedla, pues.
Astrólogo. Necesito
prepararos de antemano.
D. Pedro. ¿Hay en ella algo profano?
Astrólogo. Solo hay riesgo.
D. Pedro. Pues lo admito.
Astrólogo. Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, estraida
de vos mismo.
D. Pedro. ¿Y lograré?...
Astrólogo. Que á vuestros ojos palpable
aparezca el porvenir.
Si osais, me podeis seguir;
mas es cosa formidable.
D. Pedro. Vamos allá: quiero ver
mi destino ¡vive Dios!
que el mas tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo:
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V.

DOÑA INES, *saliendo del torreon de la derecha abajo.*

¡Válgame Dios!
¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
á mis negras reflexiones
parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo
con su estrechez me sofoca.
(*Se pasea cavilosa.*)
Mas ¡Dios mio! ¡Yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
lo jura con tal pasion
que obliga á mi corazon
á creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detras
llorando... ¡oh! llora quizás
de mi infortunio dolido.
Mas si me ama... si le pesa
de mi mal, ¿por qué me guarda?
¿Por qué asi en librarme tarda
cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si asi lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traicion si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellon
velas, calma mi afliccion,
consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI.

DOÑA INES. EL ALCAIDE, *conduciendo á* JUAN PASCUAL, *y entrando por el torreon de la derecha arriba.*

Alcaide. Podeis entrar sin temor,
y esperarle aqui.
Pascual. Yo fio
mi empresa en mi propio brio,
y en lo que á él le está mejor.
Alcaide. El os esperaba.
Pascual. Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,
y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.
Alcaide. Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el rey me paga mi oficio.
Pascual. ¡Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gusteis;
mas suplícoos que llameis
á ese capitan, y pronto,
que no hay tiempo que perder...
Mas ¿qué veo?
Ines. ¡Padre mio!
Pascual. ¡Ines!
Ines. ¿Es un desvario
que os vuelvo por fin á ver?
Cuánto tiempo os he esperado.
Pascual. Y ya ves como he venido
en cuanto posible ha sido.
Ines. ¡Ay padre, cuánto he llorado!
Pascual. Esos tigres te habrán hecho
mil injurias á porfia.
Ines. Ni una sola todavia.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera
segun su porte cortés
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.

Ese capitan, señor,
de mi custodia encargado...

Pascual. Ya sé, Ines, que ese menguado
se atreve á tenerte amor.

Ines. Eso dice, y muchas veces
yo misma á creerlo llego...

Pascual. Pero ¿y tú, Ines?

Ines. No lo niego.

Pascual. ¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

Ines. Me aterrais. Aunque eso fuera,
señor, ¿morir mereciera?

Pascual. Morir por mi propia mano.

Ines. ¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí?
¿Para amedrentarme así
en vez de darme favor?

Pascual. ¡Ah! Perdona, pobre Ines.
Secretos que desconoces...

Ines. Mas que me dicen á voces
cuánta mi desdicha es.

Pascual. Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
que á fuerza ó engaño abierta
pueda amparar nuestra fuga?

Ines. No, señor.

Pascual. Traigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejon, aunque no es este
el objeto que preteste...

Ines. (*Con afan.*) Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

Pascual. Ines, en eso medito.
Ese capitan maldito...

Ines. Fuerza será que nos vea.

Pascual. Mas siento pasos.

Ines. ¡El es!

Pascual. Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII.

DICHOS. EL CAPITAN.

Capitan. Buenas noches.
Pascual. Quiero hablarle
á solas. Aparta, Ines.
Capitan. ¿Qué me quereis, Juan Pascual?
Pascual. Vengo un pacto á proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razon.
Capitan. ¿Por cuál?
Pascual. Por la de que abre el camino
solo, que os puede salvar.
Capitan. Cosa es que hemos de tratar
mejor solos imagino.
Pascual. Sí; decis bien.
Capitan. (*A doña Ines.*) Perdonad
que os retireis os suplique,
para que á solas me esplique
vuestro padre....
Ines. Por piedad,
capitan, oid con calma
lo que tiene que deciros.
Capitan. El negarme yo á serviros,
Ines, me destroza el alma.
Lo sabeis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.
Ines. ¡Ay de mí! (*Entra, y el capitan corre tras ella los cerrojos de la torre.*)
Pascual. (*Con afan.*) ¿Vais á cerrar?
Capitan. Sí por cierto.
Pascual. ¡Y á mis ojos!
Capitan. ¿Qué quereis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII.

EL CAPITAN. JUAN PASCUAL.

Capitan. Ea pues: ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

Pascual. Con que admitais vos la mia
bastará á mi ver.

Capitan. No importa.
No estará la mia acaso
tras de la vuestra de sobra.

Pascual. Pues bien, capitan: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y esponiéndome á perder,
si me descubren, la honra
con la vida, á demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazon adora.
Ya veis como las desdichas
sobre don Pedro se agolpan:
ya veis como de los suyos
ciento á ciento le abandonan.
No teneis agua ni víveres;
y esta situacion penosa
cuanto mas os desalienta,
capitan, y os acongoja,
mas á don Enrique augura
cercana y facil victoria.
Pues bien: si me dais mi hija,
os juro que en pocas horas
saldreis del castillo libre,
sin condicion deshonrosa,
y os daré á mas el rescate
que vuestro capricho imponga.

Capitan. ¿Habeis acabado?

Pascual. Sí.

Capitan. Pues oid, que á mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su perdon don Enrique
ante sus plantas no postra
como rebelde, vuestra hija
quedará donde está ahora.

Pascual. Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
el corazon, es quien dicta
propuesta tan injuriosa.

Capitan. Sí, Juan Pascual, yo la adoro,
y esta pasion me devora,
me martiriza y me acaba,
mas mi voluntad no dobla.

Pascual. Capitan, esa pasion,
que fácilmente se ahoga,
hoy que aun es tiempo, os advierto
que os lleva á una muerte próxima.

Capitan. Señor Juan Pascual, lo siento;
mas tiene raices hondas,
y es imposible arrancarla.
Si el medio no os acomoda,
es el único que resta;
y en cuanto á mi última hora,
que juzgais cerca, mirad
que la vuestra es muy dudosa.

Pascual. Acabemos, capitan,
y en ideas ilusorias
no os goceis adormecido:
yo tengo ocasion muy pronta
para entrar en esta torre
mucha gente valerosa,
que llevará á sangre y fuego
cuanto á su marcha se oponga.
Por solo librar á Ines
he retardado hasta ahora
la ejecucion de mi plan;
mas os juro que es muy corta
la tregua que puedo daros.

Capitan. Vos sois quien en ilusorias
ideas adormecido

descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo
para esa traza traidora
metido habeis vuestra gente;
mas es esperanza loca
la que sobre ella fundeis,
pues mi atencion previsora
apostó gente mas diestra,
que en las revueltas tortuosas
del subterráneo, á mi voz
la hará prisionera toda.

Pascual. ¿Intentais amedrentarme
con bravatas?

Capitan. ¡Oh! No es cosa
para pasarse en la cuenta;
y escuchad bien, que la aurora
no está lejos, y es preciso
que abreviemos. Una bolsa
de malla, que asida al cuello
llevais, donde hay una hoja
de pergamino, que esplica
lo que facil proporciona
del príncipe don Enrique
una venganza muy cómoda...

Pascual. ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?...

Capitan. Yo lo oí de vuestra boca
una noche en vuestra casa
escondido en vuestra alcoba.
Con que ya veis que me guio
por vuestras lecciones propias,
y que no se me ha olvidado
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

Pascual. ¡Vive Dios, villano astuto!
¿Quién á mi paso te arroja,
que en todas partes te encuentro
y me detienes en todas?

Capitan. Concluyamos, Juan Pascual:
ó le escribís sin demora
á don Enrique una carta
ofreciendo la persona

de vuestra hija y la vuestra...

Pascual. No, no: primero se rompa
en mil pedazos el alma...

Capitan. Pues que tú lo quieres... ¡Hola!
¡A mí, soldados!

(*Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual que se defiende.*)

Pascual. ¡Villanos!

Capitan. Ponedle en la torre próxima,
con una amarra en los brazos,
y una mordaza en la boca.

(*Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreon: los otros dos salen con el capitan, el cual al cerrar la puerta dice á Juan Pascual á modo de despedida.*)

Lo que mejor os conviene
pensad, Juan Pascual, á solas,
porque no teneis mas término
que hasta el rayar de la aurora.
(*Al soldado que queda dentro.*)
No me le pierdas de vista.
(*A los otros.*)
Vamos á su gente ahora.

(*Vase el capitan. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está elevada su bandera.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embriagarme en el nectar delicioso,
ó el caliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemo.
¡Si atendiera al pavor la verteria
por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y lucho
(*La toca.*)
con mi supersticion!... Aun está fria...

¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló para don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fue siniestra;
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra
de un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por do quier que voy lo voy buscando.
Si es mi sino fatal iré sereno
á sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
para luchar con él con heroismo.

(*Pausa.*)

Ya hierve este licor emponzoñado:
ya de la mecha en derredor se apila:
ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!

(*Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.*)

¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
Ven mis pupilas á su luz apenas
los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién derrama
el fuego de un volcan dentro mis venas?
Próximas á saltárseme las siento...
Me acosa el corazon abrasadora
de venganza la sed;... y el pensamiento
me desgarra una idea asoladora.

(*Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreon, bajando poco á poco hasta quedarse enfrente de él.*)

¡Enrique! Siempre Enrique... siempre ese hombre.
Dí: ¿qué quieres de mí, bastardo infame?

¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano
¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torbo brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale, hermano!...
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas: levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
y esprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
de tu ruin corazon todo el veneno.
¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... De rodillas, miserable.
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa (*Sonrie.*)
me mueve á compasion,... y me precisa
á volverte esa risa abominable.
Mírame sonreir... mírame y huye,
porque á la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aun!... ¿Qué esperas, sombra,
sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(*Sonrisa convulsiva.*)
Yo me rio tambien de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
mas no, no: huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.
Huye: me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reir, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.

(*Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que apagándose la lámpara desaparece la sombra, y cae sin sentido.*)

ESCENA X.

DON PEDRO. EL CAPITAN. MEN RODRIGUEZ *en el torreon.*

Capitan. Ya todos estan rendidos.
Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor
(*Le toca.*)
llegó hasta el rey?... No, respira.
D. Pedro. ¿Quién eres? (*Volviendo en sí.*)
Capitan. Señor, yo soy.
D. Pedro. ¿Se fue ya?
Capitan. ¿Quién?
D. Pedro. Ese espectro;
ese ensueño aterrador.
Capitan. ¿Quién, señor, que no os entiendo?
D. Pedro. ¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto
me asesina esa vision.
(*Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose á su pavor.*)
Mas ese frances, ¿qué dice?
Capitan. Nada responde.
Rodriguez. ¡El farol!
D. Pedro. Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvacion.
Salgamos de aqui cuanto antes.
Capitan. Señor don Pedro, idos vos.
D. Pedro. ¡Que! ¿Tú tambien me abandonas?
Capitan. ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.
D. Pedro. Capitan, tienes razon.
Si me venden...
Capitan. Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.
D. Pedro. Voy pues á apurar mi estrella
sin fé, pero sin temor;
que lo que en suerte me falta
me sobra de corazon. (*Vase.*)
Capitan. Ahora, ó trono para él,
ó tumba para los dos.

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
BELTRAN DE CLAQUIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
OLIVIER DE MANNI.
EL VIZCONDE DE ROCABERTI.

Caballeros franceses. Guardias de don Enrique. Soldados de don Pedro, y doña Ines que no habla en este acto.

Campamento de don Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltran Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados este y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Al rededor y en lontananza las otras tiendas del campamento.=Amanece.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. BELTRAN DE CLAQUIN. OLIVIER DE MANNI.

Vizconde. Miradlo, mosen Beltran,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir á engaños
con las manos en las armas.

Beltran. Señor vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
á don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

Olivier. Eso bien vale, señores,
una traicion diplomática;
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

Beltran. Sí, por cierto; ese don Pedro
¿qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes á nuestro campo
pasándosele á bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia
y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse: á esto vendria
á parar hoy ó mañana.
Su hermano mientras él viva
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, con que es claro
que un dia ú otro le mata.
Y en tal caso...

Olivier. Ciertamente
lo mismo es hoy que mañana.

Vizconde. Sí; pero el rey de Castilla
es solo don Pedro.

Olivier. ¡Vaya!

Beltran. ¿Mas qué le vale¡ ya se vé!
ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
si el de la sangre bastarda
mas poderoso y mas terco
se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
para lo que hoy es España,
que en tierra en que reinan moros
con un mal cristiano basta. (*Se rien.*)

Vizconde. Paréceme, caballeros,
que es esa risa insensata,
al menos intempestiva;
y por la cruz de mi espada
os juro que mas que á risa
me mueve don Pedro á lástima.

Olivier. Paréceme, buen vizconde,
que han sido vuestras palabras
sin tiempo en pró de don Pedro
muchísimo interesadas.

Vizconde. Mis palabras son leales,
y aunque de opinion contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

Beltran. Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servímosle,
y á traicion ó cara á cara
siempre quien vence es el bueno;
y con razon buena ó mala,
si lo acabamos nosotros,
despues de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos á Francia.

Olivier. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

Beltran. Ya empieza á rayar el alba.

Olivier. ¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

Beltran. El es.

Olivier. Sin duda; ¿á quién otro
dejaran paso las guardias?

Vizconde. Pues yo me lavo las manos:
que os guarde Dios. (*Vase.*)

Beltran. Con vos vaya.

Olivier. ¿Habeis visto?

Beltran. Ya lo he visto:
pero eso á mí no me estraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un frances en su casta.

Olivier. Me lo figuré al oirle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, *embozado*. MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA. BELTRAN DE CLAQUIN. OLIVIER DE MANNI.

Rodriguez. ¿Es don Beltran?
Beltran. Sí, yo soy.
¿Es don Pedro?
D. Pedro. Caballero
frances, en vos solo espero,
y pronto á partir estoy.
Beltran. Señor don Pedro, me pesa
por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.
D. Pedro. Qué, ¿negais vuestra promesa?
Beltran. No, señor; mas yo querria
á estas horas disponer
de mas suerte y mas poder
de lo que tengo en el dia
para serviros mejor.
D. Pedro. Hablemos, señor frances,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendreis cuanto pidais
como á salvo me pongais.
Beltran. No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvísteis tan noble,
tan franco y tan liberal.
D. Pedro. Entonces no hay para qué
pararse mas en decir
si no vamos á partir,
que estoy impaciente á fé.
Beltran. Señor, ¿es desconfianza
que teneis de mí?
D. Pedro. Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.

Mas de ello no os ofendais,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

Beltran. Suplícoos que contengais
vuestra impaciencia un momento.

D. Pedro. Vive Dios, señor frances,
que mi situacion no es
para mucho sufrimiento.
Yo vine fiado en vos:
conque ó dadme un guia fiel,
ó yo me vuelvo á Montiel
á la voluntad de Dios.

Beltran. Vuestra razon imagino;
mas aguardad un instante,
y el guia os pondré delante
que os enseñará el camino.

D. Pedro. Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardais,
á encontrar os arriesgais
desocupado mi puesto.

ESCENA III.

DON PEDRO. MEN RODRIGUEZ. GUARDIAS.

Rodriguez. Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...

D. Pedro. Rodriguez, fue una imprudencia
fiar en estos franceses.

Rodriguez. Su mala opinion, señor,
no alcanza á Beltran Claquin,
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia

D. Pedro. Todos son buenos en Francia,
mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.

En cuanto puse la mano
el cielo me castigó;
¡destino el cielo me dio,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir
que me obligue hoy á venir
á ampararme de franceses.
¡Oh! nunca me imaginara
llegar otra vez á vellos,
sino lidiando con ellos
sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
tan estremada creia
que á sus tiendas me traeria
solo y en la noche oscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pido
al tiempo que me ha tocado,
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece:
mucho se detiene ese hombre;
y á pesar de su buen nombre
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

Rodriguez. No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos...

D. Pedro. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

Rodriguez. Llaman selva vulgarmente
á esa espesura que enfrente
viendo estais.

D. Pedro. ¡Ay, infelices
de nosotros!

Rodriguez. ¿Pues qué objeto
hallais, señor, que os asombre
en esa selva?

D. Pedro. Su nombre
á mi horóscopo sujeto.
No esperemos á que vuelva,
Rodriguez: *cerca de Castro*

que he de morir, dice un astro,
y otro dice que *en la selva.*

Rodriguez. Mas señor, ved que arriesgamos...

D. Pedro. Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillen,
y esta la selva... ¡Ah! ¡partamos.!

(*Van á salir, y los guardias se lo impiden.*

Soldado. Atrás.

D. Pedro. ¿Qué es esto, traidor?

Soldado. De aqui no podeis salir.

Rodriguez. ¡Ah! como buenos morir
en Montiel era mejor.

D. Pedro. ¡Destino, no estás contento,
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento!

Rodriguez. ¡Morir decís!

D. Pedro. Sí, morir.
Pues ¿qué piensas ¡vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?
No cabe en mí tal bajeza;
que aunque asi Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿esto á mí?
En una tienda encerrarme
para venir á matarme
como asesinos aquí!
Infames, ¿tan ruin traicion
con un rey tan caballero?
Mas que vengan, les espero
sin miedo en el corazon.
Que vengan esos villanos,
y vengan cuantos quisieren,
á presenciar cómo mueren
los leones castellanos.

Rodriguez. (*A los soldados.*) Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra;
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,

y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

D. Pedro. (*Con fiereza.*) Sanabria, aunque los reveses
de la suerte asi me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no,
que nunca los he temido;
mis enemigos han sido,
y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV.

DON PEDRO. MEN RODRIGUEZ. BELTRAN. DON ENRIQUE *&c.*

D. Enrique. ¿Adónde está ese judio
que llaman rey?

D. Pedro. Aqui estoy.
(*Dándose con la mano en el pecho.*)
Yo soy don Pedro, yo soy
ese rey con tanto brio.
¿Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?
Yo á tí sí; porque el corage
me lo está diciendo á voces.

D. Enrique. Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.

D. Pedro. Porque te daba pavor
el mirarme ¡voto á Cristo!

D. Enrique. Con mucha osadía vienes
donde á humillarte te obligan.

D. Pedro. Jamás lo haré á los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

D. Enrique. Ya diste al fin en mis manos,
escomulgado perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

D. Pedro. Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.

D. Enrique. La mengua es tuya y no mia,

pues por tus hechos atroces
tu pueblo maldice á voces
tu execrable tiranía.

D. Pedro. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia
tu infame traicion te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí: vosotros, señores,
que al compararos conmigo
me temeis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro:
¿por qué no osásteis ninguno
salir al campo uno á uno
á matar al rey don Pedro?
Porque lo sois ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como esta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

D. Enrique. Tú eres el bandido, tú.

D. Pedro. Veamos quién de los dos...
(*Yéndose para don Enrique.*)

D. Enrique. Tú, tú, maldito de Dios,
entregado á Belcebú.

(*Se abrazan y luchan: los otros se apoderan de Rodriguez, y le sacan de la tienda.—Al caer ciérrase la tienda y salen los caballeros.*)

Olivier. ¿Cayeron entrambos?

Beltran. Sí.

Olivier. ¿Mas por quién de ellos quedó?

Beltran. Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

Rodriguez. ¿Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

Beltran. Ni quito ni pongo rey;
pero ayudo á mi señor.

ESCENA V.

Sale DON ENRIQUE *descompuesto y agitado con la daga en la mano.*

D. Enrique. Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré á Castilla en Montiel,
y eché un mónstruo á la tierra.
Beltran. Fatigado estais.
D. Enrique. Sí á fé,
porque ademas de la lucha,
Beltran, mi ansiedad fue mucha
cuando debajo me hallé.
Beltran. Lo ví...
D. Enrique. Que os lo pague Dios; (*Le da la mano.*)
que á tener daga en la mano
me dá la muerte mi hermano
Beltran. En eso cumplí con vos.
D. Enrique. No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo,
pródigo voy á pagároslo
de lo pactado ademas,
haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podais cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.
Beltran. Hice solo en ayudar
á mi señor, mi deber.
D. Enrique. Mas lo pudísteis poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran dia
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mia.
Los que en favor de ese indigno
aun en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltran, para mí
rival que me ponga dique.

Mi pendon. clavadlo aquí.
(*Traen el pendon, y lo clavan á la entrada de la tienda.*)
¡Castilla por don Enrique!
(*Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de* "¡Castilla por don Enrique!")

ESCENA VI.

DICHOS. — EL CAPITAN BLAS PEREZ, *con una corneta de caza colgada á la cintura.*

Capitan. ¿Quién es don Enrique?
D. Enrique. Yo.
¿Qué demanda? ¿Quién es él?
Capitan. El capitan que en Montiel
el rey don Pedro dejó.
D. Enrique. Si viene á implorar perdon
ó á rendirse á mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnicion.
Capitan. El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
sino á imponer condiciones
al soberbio vencedor.
D. Enrique. ¡Vive Dios!...
Capitan. ¡Por vuestra vida!
No tan pronto os enojeis,
que es preciso que lloreis
el crimen de fratricida.
D. Enrique. ¡Hola! Prenderle, llevarle.
Capitan. Os tengo, rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.
D. Enrique. Vendrás á ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano;
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme ¡necio!
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas á dos las desprecio.

Capitan. ¡Oh! no con tanta mancilla,
señor rey; guardad memoria
de que amargar vuestra gloria
hay quien pudiera en Castilla.

D. Enrique. La lengua torpe detén
y agradece mi paciencia,
porque es dia de indulgencia.
Ea, vete.

Capitan. (*Acercándose á él.*) ¿Y don Guillen?

D. Enrique. ¿Guillen de Castro?

Capitan. Ese, sí.

D. Enrique. ¿Dónde está, dónde...?

Capitan. Murió.

D. Enrique. ¡Murió!

Capitan. Sí; le maté yo.

D. Enrique. ¿Y una bolsa...? (*Con ansiedad.*)

Capitan. Esa está aquí.
Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.

D. Enrique. (*Lee.*) "Don Enrique: vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fue hallada, es la que con el nombre de doña Ines ha vivido siempre conmigo."
¡Oh, traedla á mi presencia!

Capitan. Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
que en vez de implorar perdones,
vine á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

D. Enrique. Pide, pues, lo que quisieres:
mi reyno es tuyo; pedazos
hazle, mas tráela á mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
Dichoso dia, por Dios,
es este que me da el cielo;
yo le pedia un consuelo,
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores: esa Ines
á quien busco es hija mia,
hija por quien yo daria
cuanto hoy en mis manos es.

Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, escesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
¡Oh! figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscripto, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
á este fanal solitario.
Y en medio de mis azares
solo su luz casta y pura
alumbró mi desventura,
y adormeció mis pesares.

Capitan. Tambien á mí me alumbró
con su antorcha ese fanal,
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desatalentado y ciego
con necio ardor le seguia,
seguro que á ser vendria
mariposa de su fuego.

D. Enrique. ¡Oh, tú tambien la has amado!

Capitan. Sí, con ciega idolatria,
y ella me correspondia
con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella;
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

D. Enrique. ¿Qué dices, vil?

Capitan. ¡Abre, infierno,
á mis pies un precipicio,
ó admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(*Volviéndose á don Enrique de repente.*)

¿Qué me darás por tu hija?

D. Enrique. De todo cuanto poseo
lo que cumpla á tu deseo,
lo que tu capricho elija.

Capitan. Dame á don Pedro.

D. Enrique. (*Alzando las cortinas de la tienda.*)
Ahí está.
Tómale.

Capitan. ¡Muerto!

D. Enrique. A mis pies.

Capitan. Como á don Pedro me des
mi furor te la dará.

D. Enrique. ¿Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me estremeces?

Capitan. Te pago como mereces:
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.

D. Enrique. ¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
á mi carrera triunfal?

Capitan. Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastró á fratricida.
Soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fui noble y caballero
con su favor soberano;
y que vasallo leal
pago á mi rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

D. Enrique. ¿Quién puso en tu corazon
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razon?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

Capitan. No es sueño, rey de Castilla,
es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
á mi intencion vengadora,
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
no teneis otra esperanza;
que asi cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

D. Enrique. Quitadle de aqui al momento;
llevad á ese hombre, y que elija:
ó que os entregue á mi hija,
ó que espire en un tormento.

Capitan. (*Con ironía á los caballeros franceses que cercan á don Enrique.*)
Sí, sí, llevadme, señores,
que al cabo es adelantar
por verdugos acabar
empezando por traidores.
¡Oh! No acaricies la espada,
don Claquin, porque os lo llame,
que no os lavareis, infame,
el borron de esta jornada.
Con vos hablo, don Beltran,
que alcanzais en vuestra tierra
gran renombre en paz y en guerra
de invencible capitan.
Vos, sí, que vuestros trofeos
no habeis jamás empañado,
y en tal traicion habeis dado
al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
desde allí por la llanura,
diciendo al ver su hermosura
esta es tierra de conquista.
Diríais, *de todos modos*
nada aqui será mancilla,

que al fin es patria Castilla
de Vándalos y de Godos.
Aqui no lo han de tachar,
porque ese pueblo insensato
tomará sobre barato
lo que le queramos dar.
No hacen falta aqui decoros,
ni lealtad, ni nobleza;
cualquier traicion es proeza
en esta tierra de moros.
Mas olvidásteis, señores,
que en el pueblo castellano
nunca faltará un villano
para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento:
allí el secreto que abrigo
morirá á un tiempo conmigo.

D. Enrique. ¡Hombre fatal, un momento
aguarda! ¿Nada en la tierra
hay que por precioso ó grande
ni te compre, ni te ablande
el corazon que le encierra?
El oro, la libertad....

Capitan. Solo al rey don Pedro quiero.

D. Enrique. Diérate el alma primero.

Capitan. Pues bien, entonces mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
diez soldados?

D. Enrique. Sí.

Capitan. Pues son
diez hombres de mi faccion.
¿Veis una muger que asoma
entre ellos mal escondida
y en sus brazos desmayada?

D. Enrique. Sí.

Capitan. Pues esa desdichada
es esa Ines tan querida.

D. Enrique. Id, caballeros, volad:
allí está... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
¡librádmela por piedad!

Capitan. Sí, sí, volad, caballeros;

de allí no se moverán.
(*A don Enrique.*)
Mas ¿qué creeis que hallarán
al llegar los mas ligeros?

D. Enrique. Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?

Capitan. Un crimen mas en Montiel,
y otro cadaver en tierra.

(*Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él don Enrique espantado: los soldados que tienen á doña Ines la matan.*)

D. Enrique. Qué haces?

Capitan. ¿Os ha estremecido
este sonido fatal?
Temblad, sí, que á esta señal
su cabeza habrá caido.

(*Un momento de pausa: don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitan con desesperacion.*)

Reinad, don Enrique, sí;
pero sabed con horror
que yo asesiné á mi amor,
cuando con mi rey cumpli.
Cuando á su sepulcro helado
baje á pedirle un asilo,
dormid, le diré, *tranquilo*:
don Pedro, *ya estais vengado.*
Vos por tan fiera traicion
su corona os ceñireis;
mas de espinas llevareis
coronado el corazon.

FIN DEL DRAMA.